

El huevo de Cajal

JOSE ANTONIO ABELLA

CUANDO nuestro más ilustre Premio Nobel de Medicina, abrumado por la complejidad del sistema nervioso, decidió estudiar la intrincada maraña de vías y conexiones neuronales en un organismo sencillo, concretamente en un embrión de pollo, acaso no se diera completa cuenta del enorme favor que hacía a las ciencias en su conjunto, incluidas a las que se califican con el adjetivo de sociales. Así, lo que en la escala de un país o de una gran urbe resulta casi inextricable, en una pequeña ciudad se vuelve asequible al conocimiento de cualquier ciudadano interesado. «Es que aquí nos conocemos todos –que diría el tío Frutos–, y resulta más difícil dar gato por liebre». Por ello, actitudes que en otros ambientes podrían pasar desapercibidas, adquieren en la vida local un relieve cuya trascendencia, lejos de ser un detalle de provincianismo cerril, deviene a significativo de lo que canta ese embrión de pollo cuando se transforma en gallo.

No quisiera resultar críptico y, para evitarlo, acaso el ejemplo de lo ocurrido la pasada semana, con motivo de la inauguración del embalse del Pontón Alto, puede resultarnos esclarecedor: la falta de representantes públicos, tanto del gobierno municipal como del autonómico, en el

acto de inauguración de una obra cuya importancia para Segovia está fuera de toda duda, viene a dar la razón a cuantos creemos que entre el concepto de política como actividad del gobierno de la *polis* y esa otra cosa rastrera a la que ciertos personajes públicos nos tienen acostumbrados hay una diferencia sustancial.

Uno sabe perfectamente que en tales escaramuzas nadie es manco, que ninguno de los contrincantes lleva sobre la cabeza la toca de las hermanitas de la caridad. Y aunque esto no lo sepa, le gustaría creer que, por encima de la simpatía o antipatía que un ministro como el señor Borrell pueda despertar en nuestros representantes ciudadanos, deben primar siempre los intereses de la ciudad: que ustedes piensan que dicho señor les ha engañado en su papel de Rey Mago de Oriente –apelativo que no me es imputable–, pues aprovechan la ocasión para decirselo a la cara y civilizadamente, que lo valiente no quita lo cortés y el camino del diálogo, sin lugar a dudas, es más acertado para luchar por los intereses de la ciudad que ese otro del desplante y el desprecio baladí. Decir en un comunicado de prensa que la visita de quien venía a inaugurar un embalse –y a anunciar otras obras nada desdeñables para esta ciudad– es símbolo de la mentira y de la fal-

ta de sensibilidad» me parece, además de una acusación carente de pruebas objetivas, además del desperdicio de la oportunidad para el diálogo antes señalada, además de una salida de tono y de un ejemplo de dudosa educación, el mejor camino para no llegar a ninguna parte.

Ciertamente, el alcalde de la ciudad parecía estar ocupado en escuchar los consejos de los expertos del Parlamento Europeo –y una gran parte de los ciudadanos estamos esperando que, además de escucharlos, tenga la sabiduría de ponerlos en práctica–, por lo que su ausencia podría ser disculpable puesto que entre sus deberes no es exigible la posesión del don de la ubicuidad, sólo aplicable a algunos santos capaces de barrer el portal del convento al mismo tiempo que estar ganando a los corderillos del Señor. Sin embargo, que nosotros sepamos, la figura de la representación delegada sigue estando en vigor, y lo que ya no parece disculpable es que ni un solo concejal asumiera la función de representar al Ayuntamiento en dicho acto.

Seamos responsables: por encima de las discusiones partidistas están, o deberían estar, los problemas reales. Y para resolver estos últimos es preciso que uno arrime el hombro, aunque sea haciendo de tripas corazón

ante quien no nos cae simpático, nos parece mentiroso y, para colmo de males, viene a decirnos que los Reyes Magos no existen. Está bien que no nos dejemos engañar por nadie, pero todavía está mejor que no nos engañemos nosotros mismos: además de la pataleta del infante contrariado hay otras razones que produjeron esa ausencia más que notable, razones con las que volvemos al circunloquio inicial. Y es que lo que sucede en Liliput no es sino un reflejo de lo que ocurre en el país de Gulliver. ¿Y qué es lo que allí sucede? Pues que estamos en año electoral, señores míos, y que toda ocasión es buena para definir posiciones y descalificar al adversario político. Lo de menos en ese enfrentamiento son los intereses de la ciudad –el embrión de pollo– o los del país –el gallo con cresta–: lo importante es el propio enfrentamiento, para el que son más necesarias las ocasiones que las causas.

Y si éstas no existieran, como Jonathan Swift sugirió con ironía magistral, siempre se puede organizar una guerra para dilucidar si los huevos pasados por agua hay que abrirllos por el extremo delgado de la cáscara o por el grueso. A los hechos me remito. Y los hechos, por encima de los huevos de Liliput o del de Cajal, están más claros que el huevo de Colón.